

Autobiografía del presente

Antonio Illán

C O L E C C I Ó N

Leñas de Castilla-La Mancha

editorial





Alma de miope

Hay personas
que no ven
lo pequeñas que son las cosas.
¡Ay! amor,
¡cuánto delirio de grandeza
en la mirada!



Solo

El silencio es algo más que no decir palabras
o acercar tan sólo un cuerpo interrogante a otro cuerpo.
El silencio es el deseo que no ignora las preguntas,
aunque sienta que huyen las respuestas
como hojas caídas de las ramas en árboles ausentes,
como mundos vedados a la esperanza
de cielos que no existen.



Cansado

Estar cansado es sentirse como las alas
de los pájaros extendidas
bajo el tórrido sol del verano.
No hay vuelo ni horizonte.

Estoy cansado de lo que fueron ideas
y son ruinas que quedan como gestos ciegos.
¿Acaso no sientes un latir de seda
que se va perdiendo levemente?

Estar cansado de estar vivo
es muy de poetas. No llego a tanto.
Mi cansancio es más prosaico.

Quizá sea tu palabra, tu pluma, tu caricia
o tu beso lo que me falta
para salir del sopor aletargado que me inunda.



Diario íntimo 2

Me levanto. Acaricio mi gato. Esta mañana me parece de peluche. No hay urgencias. ¡Qué raro! El gris amanecer no indica que el día vaya a ser extraordinario. Otra vez se me ha quemado la tostada. El bebé de arriba llora y en su llanto aflora el sueño y la prisa. En los secretos cajones del alma no guardo nada. El reto de vivir ya no me mata. Me afeito, me ducho y no canto. En la papelería reposa su carta con otros oropeles satinados. Me mira el gato y agradece el trozo de pan empapado en aceite. Calla la música en la radio. La historia sigue. Llamen a la puerta. ¡Ya voy! Último toque a los zapatos y apretón al nudo de la corbata. La vida es una noria que da vueltas. Como en Viena. ¿Seguiré con el diario?



Escucho tu presencia

A M. T. M.

Creo que tu respiración es un mensaje. Te escucho mientras revuelves los armarios. La pared no impide que sienta tus movimientos menguantes, incluso el leve son de las páginas del libro que pasan casi a tiempo fijo, cuando lees en la cama. Creo en tu eternidad hurgando en los papeles que nunca huyen de tu mano libre a las papeleras. Sólo cambian de sitio. Tirarlos sería renunciar a un retazo de tu vida. Tu existencia es firme en ese lado, al otro lado de la pared tras la que escucho. Luego quizá venga la palabra o la mirada que escruta un vaso sucio al lado del sofá. Es otro cantar. Es la presencia. Incluso el misterio que separa, como una lámina translúcida, lo que la pared no impide. Quizá hablamos de libertad o de individuos. Sin embargo la indiferencia es ya imposible. Nuestro universo o la poderosa fragilidad de la emoción aún no nos deja, no nos deja.



Algo de jazz

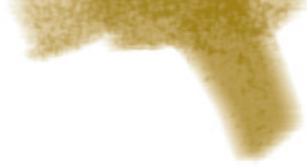
A Juan Vera, con quien tanto leía

Hay días en los que la música
me vence y me tortura,
como si bajo los párpados
me bailara un puñado de hojas secas.
Luego me repongo, leo unos párrafos
de El perseguidor, de Julio Cortázar,
y me reconcilio
con la vida. (Johny me conduce
a Charly Parker).
Algo me dice que en el murmullo del agua
hay sonidos que discurren. Me paro
a oír. Decido que no puedo
dejarme atrapar por la araña
de las malas emociones.
Notas grises invitan
a un rápido tránsito... aunque siempre queda
el trino momentáneo
de un pájaro en alguna rama.



Itinerario

Subo la cuesta, como cada mañana. La gente mira mis gafas azules. Un son de cencerros se diluye en mis oídos. No sé si es recuerdo de la infancia o una metáfora del moderno son de los coches que pasan raudos. El corazón está listo para volar, sin embargo los andares apresurados de los que huyen a sestear en la oficina me despiertan. También yo llevo mi ficha en la cartera. Busco una selva entre el cemento para perderme y encontrar el antiguo zumbido de las moscas, el sol que unta con fósforo el frente de las casas, el cauce reseco de las calles que sueñan por las que deambulan blancos espectros



vestidos de caballos. Los edificios y las calles se deforman como si se reflejaran en los espejos del callejón del gato. La sombra de abandono se agarra con sus uñas de tiempo a las fachadas que se desmoronan. La mirada de Dios no aparece por ningún lado. Quizá en la estatua que nos amenaza desde lo alto con la cruz y con la espada. El río está cada vez más sucio. El paisaje es tan real que parece fingido. Son las ocho treinta. Suena el teléfono. Preguntan dónde está el catastro. Digo buenos días. Cuelgo.



Café con leche

A mi hermano Felipe B.

Estoy tomando café con leche en medio de la vida. No sé si me hace más feliz mirar hacia atrás o hacia delante. En realidad la felicidad no es ningún reto. El presente es medio sobrecito de azúcar en la taza. Antes quizá fuera el sobre entero o dos sobres ¿por qué no? El mundo gira en torno a montones de escombros, de sentimientos perdidos, quiero decir. Sin embargo el café no me resulta más amargo. Una emoción azul palpita como una posibilidad, mientras remuevo con la cucharilla el café con leche que me tomo en medio de la vida. Me levanta la amistad, lo que queda de ella es suficiente para resistir, para comer, para compartir el aroma que hace desaparecer la noche y las ansias que en nada se convierten. No saber qué sucederá mañana también tiene su encanto. El primer sorbo aún está caliente. Remuevo más y más. Es como si la taza tomara aire, un respiro fresco. Apuro la última gota, sin duda la más dulce...

